cielo una nube negra semejante á un águila imperial.

El agua de los ríos llegó á amargarse tanto como la del Océano; parecía que la profecía de Juan iba á cumplirse y que la tercera parte de las aguas se tornaban absintio. ¡Ah! decía en su isla sagrada el gran revelador, el primero de los pecadores debe estar llorando sus culpas. *Beati qui lugent.*

Dos siglos y el tercio de otro siglo habían pasado; el imperio se había transformado, mas las aguas seguían amargas, árido el siniestro peñón batido por las olas; sombría, inmensa, el águila que se mecía en las alturas. Por el mes de octubre del año 313 de la venida del Señor una aurora maravillosa iluminó el Occidente: algo así como un día nuevo surgió del ocaso del sol. Sus rayos de oro penetraron y deshicieron el águila imperial y la nube se disolvió en lluvia fresca y bienhechora. La roca empapada por ella se convirtió en una corona de flores que se reflejaba en el dulce cristal de las aguas. En torno de ella resonó un coro semejante á las plegarias que entonaban á Dios los niños cristianos y sobre el disco del sol el mundo contempló admirado una cruz fulgurante, bajo la cual una mano misteriosa había trazado en los cielos esta frase: *In hoc signo vinces.* Y estas palabras anunciaron, á Constantino y á la Iglesia, la victoria suprema, y la misericordia de Dios á Claudio Nerón.

LA NOVELA DE UN COLEGIAL

Á Alfredo Torroella.

Era una de esas tristes noches del colegio, en que la atmósfera se conserva tibia y pesada, efecto de esa ardiente caricia del sol que se llama el día; paseábame solo en el corredor más sombrío del claustro que corría á lo largo de las ventanas del *General grande* y de la antigua Capilla. La candileja de trementina, que ardía en un extremo del corredor dentro de su farola de vidrio sucio, hacía resaltar más la obscuridad y proyectaba en torno uno de esos reflejos lívidos dentro de los que todo color es pálido y todo perfil fantástico.

Poco cuidaba, á decir verdad, de aquel cuadro siniestro, y mis meditaciones, aunque melancólicas y negras, dejaban percibir, como esos destellos sobrenaturales que surgen en un claro-obscuro de Rembrandt, algunos recuerdos de esas sensaciones limpias y sanas que tiene el don de resentir la juventud, la juventud nada más.

Lejos de los seres más caros de mi niñez que acababan apenas de decirme *adiós*, arrojado de improviso

desde una apacible ciudad de provincia á una capital que me parecía una Babilonia y á una sociedad que no acertaba ni á comprender ni á querer, todo lo veía con desconfianza, en todo hallaba cierta amargura y no recuerdo haber detenido mi espíritu en la copa de miel del ensueño, no recuerdo haberme perdido en eso que los estudiantes llamamos *jardines*, sin haber vuelto en mí con los ojos llenos de lágrimas.

Con todo, me bastaba haber oído el domingo último (nuestro único día de salida) una palabra dulce ó haber paseado algunas horas por el campo, para que mis amarguras de la semana se atenuasen rápidamente y se secasen pronto mis lágrimas.

Volvamos á aquella tarde; iba y volvía solitario y engolfado en mis pensamientos, cuando desde un arco del piso superior del *patio de pasantes* una voz que me era fraternalmente querida pronunció mi nombre. El joven dueño de aquella voz simpática y sonora estuvo pronto á mi lado y apretando nerviosamente mi brazo, me dijo.....

Pero antes, lectores míos, os lo presentaré. Era Manuel un poeta dulcísimo, un ruiseñor, el ruiseñor de esa enorme jaula de piedra que se llama S. Ildefonso. Á fuerza de golpear con sus alas aquella jaula su alma se había enfermado de soledad y de aspiración, si me fuera lícito decirlo así. Padecía un mal terrible cuyo diagnóstico es este:

1er período: melancolía que se condensa, que se ennegrece hasta volverse hastío.

2º: sufrimiento indeterminado, pero por eso infinito... Crisis; en ella se pierde la vida ó el corazón.

Manuel, como veis, era un soñador que continuamente fijaba sus ojos brilladores en el vacío... Aquella noche estaba radiante como si hubiese tenido una visión celeste. Nunca olvidaré el fulgor intenso de sus ojos que parecían reflejar los destellos de un sol espléndido oculto en las tinieblas. Un griego habríalo creído poseído por el Dios. Y era cierto; el Dios que transfigura, que hace un Tabor del corazón, había visitado á mi amigo: amaba.

Cuando en la enfermedad cuyo diagnóstico acabamos de hacer, aparece este elemento: el amor, vosotros cuantos tenéis afecto por el doliente, arrodillaos y orad por él.

He aquí lo que Manuel me contó; estábamos sentados, bien lo recuerdo, en el brocal de la fuente que ocupaba el centro del gran patio del colegio: la obscuridad de la noche no nos dejaba vernos casi, sino cuando el fulgor del cigarrillo hacía una efímera mancha de luz en la tiniebla.

Figúrate que vengo de S. Ángel. ¿Has estado en San Ángel? ¿Lo has visto desde una altura, desde una torre? ¿No es cierto que es un Edén? En sus huertas, en sus jardines, sobre las fuentecillas sonoras, sobre la red de caños de aguas cristalinas voluptuosamente se pliega un manto de flores, de todas las tintas, de todos los matices, como un chal multicolor de punto arrojado sobre un espejo. ¿Has visto su caserío y sus campanarios asomados al balcón sobre el valle de Méjico, por entre

los árboles? Y allá en el fondo del panorama donde se esfuma y se pierde en la lejanía láctea del horizonte la doble cadena de montañas que forman en torno del valle el anillo en cuyo engarce brillan el Popocatepetl y la Mujer blanca, como dos diamantes; allá muy lejos sobre un fondo rayado por la azul transparencia de los lagos, ¿has visto dibujarse el contorno amarillento de la ciudad que el adulador Alejandro de Humboldt llamó de los palacios? Perdona estas descripciones, ¡tengo tan presente el espectáculo, lo ví todo tan bello...! De la ciudad parten las calzadas bordadas de árboles y entre las varillas de este regio abanico tienden los potreros sus húmedos y verdes lienzos, que ó se pierden y se quiebran en los dobleces de la llanura, en los lomeríos que el maguey eriza ó renacen en planicies suaves en donde el maíz amarillea y que los grupos de árboles frutales manchan de oasis oscuros y perfumados. Y á la espalda del pueblo se descubre el marco basáltico del Pedregal que se convierte en serranía que la luz vetea de verde ó cuaja de índigo puro en la altísima falda del Ajusco. Y todo esto, que mejor traduciría el pincel de Landesio, que la palabra de un poeta, todo esto encerrado bajo el capelo de zafiro de un cielo limpio ó lleno de contrastes imposibles, ¿no es verdad que es el cuadro más espléndido que puede soñar el alma para despertar al amor?

Yo estaba extasiado, sentía la naturaleza, se me revelaba en toda su maravillosa verdad compuesta de apariencias. Se aproximaba el mediodía; el sol convertía en topacios las gotas de rocío cuando se miraba en ellas

y cada globo de agua parecía un átomo de sol, una molécula de oro en fusión. ¡Cuánta luz, cuánta vida! Las cascadas de trinos de los pájaros se confundían con los trinos de las cascadas, que formaban á cada instante las corrientes de aguas como si marcharan entre la hierba á grandes saltos de espuma. Parvadas de muchachas de faldas claras y ligeras revoloteaban en torno de los setos de flores.

Amalia, la blanca y seria y deliciosa Amalia, me había colocado en un sitio sombrío, fresco y dulce; era una copa de perfume. Árboles, flores, césped, un toldo de madreselvas, un arroyuelo cantador á mis pies, ecos de risas que se alejaban, que se acercaban desgranando perlas de oro y de cristal en el ambiente, la ondulación azulosa de los montes entrevista al través de las ramas nerviosas de los fresnos, ¡ah! qué bello era eso, que bien estaba yo allí!

Nadie me veía; saqué mi cartera, y... ya te figuras... empecé á tararear unas coplas... Alcé los ojos; tú sabes, á ti te sucede lo mismo, que la rima y el ritmo de los versos toman forma en el cielo, y que es preciso evocarlos viendo fijamente el espacio... Así hice yo. Abrióse la puerta del palacio de los ensueños... y quedé arrobado, sentí la fruición divina del desprendimiento del alma, las lágrimas del éxtasis asomaban en mis ojos... El azul de la atmósfera, respondiendo á una evocación inconsciente, tomó dentro de no sé qué vagos lineamientos una intensidad mayor; luego, el espacio encerrado en aquel contorno se hizo blanco y después rosado; ví claramente

una forma de mujer velada por una túnica casta y flotante. Vi la boca, los ojos, ¡ah! Dios mío, en esos ojos se había concentrado todo el zafir de la visión primera; mi corazón tenía las vibraciones del arpa que el viento pulsa y besa... Yo traducía esos arpegios en verso... Pero la figura celeste se movía, venía á mí... Y lo comprendí todo, comprendí la realidad; aquella mujer divina que se me acercaba andando de un modo tan musical, tan suave, era el ideal de mi vida, de mis sueños, de mis arrobamientos de poeta, él era, ella era.....

Ví que iba á pasar, que iba á perderse entre las flores, que se iba á alejar de mí para siempre, que era mi felicidad que partía, mi visión juvenil que volvía al cielo y casi sollozando, casi loco, pegué mis dedos á mis labios y le mandé un beso de despedida eterna porque pensé que iba á morir... Volvióse sorprendida cubriéndome con su inmensa mirada azul y candorosa y... Por fortuna en esta crítica situación llegó Amalia y, entre risueña é irónica, me presentó á su amiga Carmen que me saludó curiosa y ruborizada.

Pasé el resto del día contemplándola; sus amigas reían de aquella adoración muda, bien lo conocía yo; Amalia estaba seria, pero tan amable. Ella parecía mortificada, mas de cuando en cuando hablaban sus ojos con un destello ¡qué horizontes, Dios mío! ¡cuánto puede iluminar una mirada de mujer! ¿Llegará á amarme? Y si no me amara ¿qué haría yo?

Tal fué, poco más ó menos, la relación de Manuel.

« Se reducía todo, como me dijo Ivarius ¡pobre Ivarius! (1) á esto: ayer conocí en S. Ángel á una linda niña de quien he decidido enamorarme. Sobre este tema simplísimo Manuel bordará tanto, tanto! » Lectores, voy á contaros en íntima confidencia la historia de ese amor; voy á explicaros por qué.

Hace dos años (estamos en Abril de 1868) que murió Manuel. Mucho tiempo antes de su muerte habíamos dejado de verle sus amigos íntimos Lauro Suárez, Manuel Díaz Mimiaga, Jesús Labastida, Pancho Alegre y yo. Una mañana un practicante de medicina, que vive, pero cuyo nombre conocidísimo hoy, no puedo revelar, me hizo una visita: Vengo, me dijo, del hospital de J. En él falleció ha pocos días un amigo nuestro y antes de morir me encargó que diese á V. esta cartera de apuntes que él llamaba su *Libro de Memorias*, esta cajita cerrada y esta carta.

Estaba aún en la cama, dejé que mi visitante partiera y hundí mi rostro en las almohadas. Dos horas lloré, lo quería como si fuera mi hermano (2). Ya más sereno leí la carta que decía así:

« Hermano mío: después de la dolorosa historia que

(1) Al trazar aquí este nombre en este año de 1895, treinta años después de los sucesos que relato, recuerdo con profunda emoción al noble muchacho á quien llamábamos así en el colegio y que fué luego el excelente doctor José M. Espinosa, muerto muy joven.

(2) En el primer folletín de *La Tribuna*, periódico que publicó en Méjico el Sr. Altamirano y vivió muy poco, aludo al amigo mío que aquí escondo bajo el nombre de Manuel y me refiero á su trágico fin.

conocerás por el libro de recuerdos que te acompaño, he venido al hospital á prepararme para marchar á otra región en busca del ideal que era (lo conocí muy tarde) imposible de encontrar entre los hombres. »

« Muero casi con serenidad, porque tal es mi anhelo de descanso, que acaso preferiría la destrucción completa de cuanto vive en mí á cualquiera especie de actividad de más allá de la tumba. ¡ Si lo que he deseado aquí con todo el esfuerzo de mi corazón, no lo encontrase yo en el cielo, para qué me serviría ! »

« Adiós ; mi último voto sería que juzgases posible la publicación de algunas de mis notas, para que se formase en derredor de mi nombre una pequeña aureola que atrajese, aunque fuera por un instante, las miradas de Carmen; en la que fijase sus divinos ojos.

« Adiós para siempre ó hasta la vista. Manuel ».

Para comprender la inmensidad de dolor que velaban las frases de mi amigo era preciso haber vivido con él. Entre el colegial y el moribundo había un abismo. ¡ Cuántos golpes fueron necesarios para abrirlo ! Su vida había sido un acto continuo de adoración ; ¡ y moría escéptico !

Al leer el último párrafo de su carta recordé aquel joven héroe de la revolución de París en 1830, que al morir acribillado por las balas de los defensores de Carlos X, decía á sus compañeros : No olvidéis que me llamo D'Arcole.

Tú también luchaste sin descanso contra esa tiranía terrible y ciega cuyo origen y objeto ignoramos, pero

que se enrosca sobre nuestro corazón del que extrae lentamente la sangre. Ese aborto de todo lo tenebroso y lo cruel que el gran maestro llama *ananké*, fatalidad, fué tu verdugo. Prometeo de veinte años cuyas entrañas devoraron buitres empollados por la sociedad, tú, en la hora suprema, sentiste que se apagaba el faro que brilló siempre en la noche de tu vida y moriste de hambre y de angustia en un hospital, sin proferir una queja, sin lanzar una maldición á la mujer que mezcló tanto veneno en la copa de tu juventud.

Ya comprenderéis y excusaréis la publicación de este libro de memorias en donde á través de la fantasía del poeta están apuntadas, no sin fidelidad, algunas peripecias de un episodio del drama eterno.

Vosotras, niñas acostumbradas al sonido acariciador de la música del baile y de la adulación del mundo ¿ veréis con ojeriza este libro ? Bueno es, sin embargo, que sepáis, por boca de quien amó á una de vosotras hasta en la agonía, todo lo que puede producir en un alma sentimental (las hay todavía) un amor provocado primero y pisoteado después. Tal vez alguna de vosotras ría pensando lo mismo que el feroz estudiante de Salamanca:

.. Admiro vuestro candor
Que no se mueren de amor
Los jóvenes de hoy en día.

Ya veréis si me leéis que hay una cosa peor aún, de origen idéntico, y que fatalmente lleva á la muerte:

Carmen, á quien suelo ver pasar á mi lado, seguida de su futuro ¿se dignará dejar caer una mirada sobre las páginas que van á seguir?

Dentro de la caja había dos fotografías, y unas tiras de periódicos con versos lánguidamente amorosos y dulces del poeta Gonzaga Ortiz.

La historia del pensamiento humano puede resumirse en tres interrogaciones: ¿Qué es el amor? ¡Oh! dulces y perfumados instantes de la juventud que respondéis con besos, con flores, con miradas al cielo! ¿Qué es la sociedad? He aquí la segunda interrogación, la de la edad viril; la respuesta se busca en la lucha y en el odio. Cuando la cabeza ya blanquea nos hacemos la tercera pregunta: ¿qué es la vida? Y entramos al sepulcro en busca de la contestación.

Dichosos quienes en la primera hoja del libro de la existencia pueden escribir palabras impregnadas de amorosa ilusión, ecos de deliquios y de éxtasis, porque eso debe dejar en las olas del sufrimiento una estela luminosa que alumbre y purifique la vida. Ya veréis esa huella celeste serpear en estas memorias, que bien podrían llamarse memorias de un mártir, si supiésemos dónde estuvo el verdugo. La primera página tiene este epígrafe:

« Es la mujer más amarga que la muerte y sus manos son cadenas. » *Eclesiastés, cap. VII, vers. 27.*

—

Libro de Memorias

Primera vez que permanecemos solos. Me invitó á sentarme junto al piano y se puso á tocar..... La música es una promesa del cielo. Hay en ella lo que puede consolarlo todo, el bálsamo de todo dolor del alma, es la panacea momentánea del sufrimiento humano. Las notas de la música son las alas que nos arrebatan á regiones que sólo son realidad en sueños; en esos edenes incesantemente descubiertos é incesantemente perdidos nuestro espíritu vibra al unisón de la inmensidad. El corazón tiene también sus cuerdas sonoras, como una arpa; es una arpa eólica de donde arrancan sonidos misteriosos los soplos del sentimiento; la música, el canto, resuelven los acordes iniciados en lo íntimo de nuestro ser.

Al son de la música, el cobarde corre á los combates, el incrédulo llora en los templos, el misántropo ama. Pulsad la lira y tendréis á Safo, tocad el órgano y os explicaréis á Teresa de Jesús. Tomad un alma de veinte años y divididla entre un hombre y una mujer; dejadlos buscarse instintivamente por el mundo y cuando tiendan irresistiblemente á confundirse en un solo ser, sentad á la muchacha al piano, dejadla que preludie, dejad que cante... Entonces...

Carmen después de un lujosísimo registro cantó la serenata de Schubert, la eterna melodía de los que suspiran de amor. Sentía en ese instante por aquella mujer un afecto supremo, pero tranquilo y melancólico, casi

filial. Había en su canto suspiros más dulces, más suaves que los de la brisa que agoniza entre las palmas con susurros inefables ; de toda ella se exhalaba un divino perfume de flor humana. Desde mi lugar podía, por el balcón, ver el cielo. Ví ó creí ver grandes enjambres de ángeles azules con su misteriosa estrella en la frente; ponían los codos en lo impalpable y escuchaban, escuchaban... Yo había querido decir á Carmen : Señorita, no sé si seréis para mí buena ó mala, pero todo lo acepto, porque es mi destino, porque, feliz ó desgraciado, cuando os veo, el corazón me dice : para siempre...

No le dije nada.

Aun la conservo retratada en mi corazón. Era más blanca que el listón de seda inmaculada que rodeaba su cuello, y alta, y hechiceramente formada, como debió de ser la Venus Anadiomena de Praxiteles ó como es la Fornarina de Rafael.

Llegó un día en que pude poner ramos de fucsias rojas entre sus cabellos dorados y oscuros á un tiempo, de esos que hacen la desesperación de un pintor ; llegó un tiempo en que pude embriagarme en la llama húmeda de sus grandes ojos cuyas pestañas tocaban sus purísimas cejas de Madonna ; llegó un tiempo en que aquella boca, aquella frente... todo era mío, en todo podía poner quemantes labios y... Canova la hubiera copiado de rodillas.

Durante algunos meses no supe hacer otra cosa que mirarla ; saboreaba aquella belleza ideal y sensual

á un tiempo ; aspiraba las emanaciones perfumadas que se desprendían de su tez limpia, sana, joven. Carmen creía que yo sabía leer los versos de un modo expresivo y solíamos pasar una ó dos horas leyendo verso comunmente, alguna vez prosa de poetas. Una ocasión me presentó un libro de Fernández y González.

— Deje V. que la contemple, la dije, me parece que está V. en un cáliz y que la vacío lentamente en mi corazón.

— Mañana nos veremos toda le noche en el baile del ministro del Perú ; me ofreció papá que me acompañaría.

Ebrio de dicha pensando en el día siguiente, comencé á leer un capítulo del novelista español, del que ha levantado á la historia de su patria tan espléndido, tan abigarrado y tan frágil monumento. El libro se llamaba *la Alhambra*, palabra mágica con alicatados de recuerdos, retretes de preciosas leyendas de filigrana y búcaros orientales colmados de deliciosas cantilenas que el descendiente de los cristianos conquistadores ha levantado sobre las ruinas de la España musulmana en los cármenes donde en otro tiempo llovieron flores sobre el rey Nazhar. Mas todo ello está desgraciadamente bordado sobre una trama de pasiones y crímenes de una deformidad imposible ; un libro de Fernández y González es una copa maravillosamente cincelada, pero una verdadera copa de abominaciones. Sus héroes son monstruos que causan pesadillas y sus mujeres bayaderas impuras con enormes ojos andaluces.

— No lea V. estos libros, dije á Carmen.

— Quiero, me contestó, tratarlo á V. de tú, desde mañana.

Salí loco.

Notas. Lo que sigue no está en el libro de memorias; son paréntesis míos que completan esta narración consignando informes fidedignos.

Carmen era hija de uno de esos hombres que por no sé qué aire indefinible, pero inconfundible, indican que no son mejicanos, sino de España ó de la Habana ó de la América del Sur. Llamábase D. Germán N. (Debo respetar su nombre que muchos de mis lectores habrán adivinado ya). Cuando á fines de 1825 capituló Coppinger, D. Germán logró venirse á tierra y por influencia del que era entonces cura de Veracruz, entró al servicio de Santa Anna; su viveza, y cierto aire de bribón que gustaba mucho á ese jefe, le dieron gran valimiento desde Veracruz á Jalapa pasando por Manga de Clavo. Había acumulado no poco dinero cuando se estableció en Méjico, tomó parte en el pronunciamiento de la Acordada y después del saqueo del Parían ¡oh! misteriosa coincidencia! el Sr. D. Germán sentó plaza de ricohombre. Poco después se estableció en Cuba en donde en calidad de armador se dedicó al tráfico del ébano africano (negros). Volvió á Méjico riquísimo, cargado de objetos de arte comprados en sus viajes por Europa, fué considerado y respetado, engrosó todavía su fortuna con el agio en compañía de casi todos los próceres ricos de la sociedad mejicana y fué un agente activo del partido

conservador; se decía que él había decidido á Sta. Anna por el centralismo clericalista.

Durante la guerra americana D. Germán contrajo matrimonio en Guadalajara con una rica joven, mujer pálida y simpática que parecía consumida por un amor oculto. Clavé pintó un retrato suyo que conserva Carmen en su retrete, en su *boudoir*, como dicen ella y V., lectora mía. La señora murió pronto y D. Germán, que practicaba el vicio *sotto voce*, pero con una destreza de disimulo admirable, dejó que educasen á Carmen unas monjas primero y unas criadas de confianza después. Le puso, por supuesto, los mejores maestros; para la música Sauvinet, para la pintura Rebul.

Cuando la vió grande y bella, pensó en casarla; no quería un riquillo devoto y casquivano; quería para marido de su hija, un abogado inteligente, joven, que perteneciese al bando contrario al suyo, es decir, que fuese liberal, y que tuviera dotes para la política; y no importaba que fuese pobre, no, mejor, que fuese pobre para que todo se lo debiese á su hija. D. Germán olfateaba el porvenir como buen sabueso y se orientaba bien. Por supuesto, el viejo devoto sibarita subordinaba todo esto á la voluntad de Carmen, á la que no era capaz de resistir formalmente.

En Manuel creyó encontrar su hombre; la enfermedad de la poesía se curaría con la juventud ¡y era tan inteligente y su carácter débil lo hacía tan apto para malearse si así lo exigía su amor! Esto y los buenos consejos que el estudiante le había dado en algunas pequeñas com-

plicaciones que eran como hilos subterráneos que provenían del gran estanque negro de su pasado y que surgían delante de él encharcando su camino, lo decidieron á dejar correr la naciente pasión de aquellos jóvenes, que podía serle útil para conservar y acrecentar su reputación, no de hombre religioso y caritativo, porque ésta la tenía bien consolidada, sino de hombre de bien, porque á D. Germán se le figuraba que en ésta no creía nadie.

Libro de Memorias. — Hay en el libro de la vida páginas fulgurantes; en el prólogo se balbucen palabras dulces, suenan los besos maternales: el idilio de la infancia. Después vienen hojas donde la pluma corre sonora, alada, se estampan frases entrecortadas, se esbozan perfiles fantásticos, se dibujan palacios encantados... Este capítulo se llama juventud.

El hombre viene de un mundo mejor y lucha y sufre por realizarlo aquí ó por volver allá. Por eso la juventud está impregnada de recuerdos del cielo; esa es la fuente de tanto luminoso ensueño, de tanta aspiración imposible; de allí esa adoración febril de la estrella, de la mujer, de la flor, las curvas supremas de la naturaleza. Llega un instante en que se detiene esa dispersión de fuerzas vitales, se concentra todo en un foco: ese párrafo del libro de la vida se llama *amor*, es cantable. Hay en él una fusión de fulgores de astros; las letras, las notas están rayadas con rayos del sol. Luego, dicen los realistas, la estrella se apaga, la mujer se afea, la flor se marchita... Señor, Señor, que no llegue para mí esa edad; este es mi *miserere*.

¡Qué bella, qué inefablemente bella estaba! El vestido de baile dejaba admirar todo su busto, el corpiño rígido de crujiente seda blanca, obligado á seguir las curvas suaves, pero marcadas del seno, dejaba brotar de entre blondas y encajes, el cuello redondo, largo, soberbiamente modelado, vagamente azuloso, como el alabastro, por la irradiación de la sangre á través de las venas. Una cinta de oro lo rodeaba; parecía un dogal de amor. Sus brazos lácteos, carnosos y finos, como los de una limeña, terminaban en aros de perlas cerrados sobre la cabritilla inmaculada de Jouvin. Una cadena riquísima y flexible como la seda, subrayaba la pequeñez de la cintura que vibraba como á impulsos de un ritmo interior. ¡Oh! divina, divina! Bajo los pliegues de su falda de moaré, recogida con botones de flor de oro purísimo, se veía el pie arqueado bajo el raso.

En mí se operaba una transformación; olvidaba mi virgen ideal, para arrodillarme ante la soberana realidad que se erguía ante mis ojos ebrios de deleite; aquella era la mujer en una de sus más perfectas encarnaciones: aquella mujer sonrosada, láctea, de cuyas puras y espléndidas formas emanaba la vida, había cambiado el rayo idílico y primaveral de mi felicidad íntima de poeta, en la llama ardiente y calcinadora de la pasión de un hombre. Hasta entonces había visto á Carmen rodeada de la aureola de una *madonna;* para ella el tabernáculo, el altar, el templo; mi pecho un incensario en que mi amor ardería eternamente ante ella. En mi amor había algo del ascetismo religioso de los monjes

de la Tebaida; era la religión de la belleza expresado por un corazón colmado de juventud y de ensueños; era el culto del alma por el alma. Aquello tenía algo de eucarístico.

Cuando, por primera vez, fijó sobre mí su mirada hecha de luz, creí ver en ella no sé qué blancura de hostia emitiendo una claridad celeste. Comulgué aquel fulgor albo con profunda unción, mientras mi corazón cantaba no sé qué *hosanna*. Al contemplar el abismo azul de sus ojos, hubo en mi espíritu como un derrumbamiento; vino á tierra todo un muro de sombras. *Fiat lux*... y el amor *fué*. Mis visiones de colegial no eran sino el preludio de aquel sufrimiento espléndido y radioso...

Y, de pie sobre el débil esquife de la vida, exclamé al sorprender aquella mirada: *amor, amor*, como Colón al descubrir un nuevo mundo había gritado: *¡ tierra !*

*
* *

La sala de baile parecía tapizada de luz. El reflejo de las esteáricas encendidas profusamente en las arañas y candelabros, multiplicado por los espejos, arrancaba destellos deslumbradores de la pedrería de los tocados y después de serpear en la seda joyante se recogía en un beso luminoso sobre el rostro de las mujeres. Las notas de la música enloquecedora parecían saturadas de perfume de mujer y de flores.

Carmen, al presentarse, produjo un murmullo de

admiración. Acercóse á ella mariposeando un enjambre de *dandys*. Disputábanse donosamente todos aquellos insectos dorados el honor de una inclinación de cabeza, de una sonrisa, de un apretón de manos, de un nombre inscrito en la cartulina crema de la *etiqueta* de baile. Íbame separando cada vez más de ella, como el marinero que se queda en la playa viendo alejarse, rompiendo las olas en irisada espuma, á la barquilla coqueta cuyo timón ha llevado; quedé al fin, rezagado en un rincón, donde sobre un pedestal estucado se erguía negro y rojo un vaso greco-etrusco traído de Italia y coronado por una pirámide de violetas que reflejaban su veste morada en los prismas de cristal de un candelabro. Allí me apoyé contemplando á mi amada largamente como quien paladea un licor dulcísimo; ella reía y charlaba con sus amigas. Uno de aquellos *dandys*, un verdadero querubín por lo bonito y relamido, se le acercó, la recordó que era suya la danza que preludiaba la orquesta y ella se levantó apoyándose en el brazo del joven con una gracia que á mí, que buscaba sus ojos con avidez, me pareció infernal á fuerza de ser seductora.

Comenzó á bailar. La danza cubana es un baile de bayaderas; Venus, la celeste impura, inventó su ritmo de una voluptuosidad simple é infinita, que acaba por descomponer en curvas serpeantes los contornos de la mujer y entreabrir los labios sedientos de deleite, y encender en los ojos una llama que brota de la sangre caldeada por el deseo y que parece consumirse en la fiebre lasciva que deslíe á la pareja en una atmós-

fera de placer, como una gota de esencia en un vaso de agua. Legado del África á la América del trópico, aquí la hemos vestido de seda y de diamantes, pero es un baile desnudo.

En aquel instante y, sin hacer todas las reflexiones que acabo de apuntar, cedí á mi repugnancia instintiva por la danza habanera; se lo dije á Carmen al pasar junto de mí, mientras se componía el tocado ante un espejo; se sentó en seguida. Pocos minutos después volábamos como *wilis* alemanas al compás de un vals de Strauss. Sentía en mis brazos la oscilación rítmica de su cintura, en mi pecho el latido de su corazón, en mi rostro su aliento tibio y acariciador, y embriagado, demente de amor, murmuraba en sus oídos la canción voluptuosa que me dictaban los sentidos.

Ella sonreía de placer; cuando terminó el vals el reflejo de la llama de mis ojos la bañó de púrpura y la estremeció como si fuera á desmayarse. — Dirigíme al corredor y me senté en frente de una botella de licor; quería apagar con kirch la hoguera de mi sangre, quería dormirme ebrio. No hay cosa más espiritual en la materia. Bebemos y comienzan á huir en bandadas los recuerdos por las ventanas del alma; el pavimento del cerebro tendido de negro, se cubre con maravilloso mosaico, cuelgan de la bóveda inmensos *lustros* de cristal y de luz que rueda en cascadas de oro sobre los prismas irisados. Y toda amargura se olvida. Bebemos más y cada una de las cuerdas, de los filamentos, de las fibras de la masa cerebral se cubren de fosfórico brillo como

en las tempestades tropicales el cordaje y las aristas del buque brillan azules de electricidad. Más, bebemos más, y la cabeza se ensancha, se ensancha, sus paredes se pegan á las del globo celeste y giran mundos dentro de ella y fulguran diamantes y se encienden constelaciones; el roce de los gases alcohólicos levanta en aquellos cielos una gran polvareda de astros.

Y cuando la embriaguez ha llegado á su colmo, un sopor extraño narcotiza nuestra conciencia y nuestro sentimiento, á esto sucede un desvanecimiento en la inmensidad y el alma se duerme como mecida en una hamaca tramada de oro y colgada de las estrellas. Pero no duerme sola; llega el ideal, la pálida desposada del ensueño y coronamos sus sienes de ópalos, damos besos mudos sobre los pétalos de sus labios, desceñimos su túnica nupcial... Mi ideal se llamaba Carmen.

Soñé que la había encontrado en el salón de baile rodeada de jóvenes; que á una señal mía había abandonado la fiesta y que nos habíamos reunido en un gabinete henchido de plantas de invernadero. Sentóse en el sofá; un naranjo en flor suspendía sobre su cabeza sus guirnaldas de azahar, como corona de desposada. Largo tiempo la contemplé sin decir nada; después pedíle una trinitaria, un pensamiento que abría sus alillas de mariposa negra sobre su pecho nevado... luego le tomé la cara entre mis dos manos y con profunda adoración cerré mi boca entre sus labios.

¡Sueño radiante de amores! Al levantarme al día

siguiente, guardaba en la mano crispada un pensamiento estrujado y marchito.

El dormitorio de Carmen era blanco; blancas las cortinas, tapizados de blanco los muebles, las paredes; blanco y vaporoso el lecho bajo su velo de punto; sobre el lecho una rosada *Purísima* de Ramírez sonreía divinamente dentro de su marco de oro. En medio de la pieza, bajo la lámpara de cristal que parecía una enorme magnolia diáfana, en una coqueta mesita de mármol, un gran ramo de rosas parecía abrirse bajo el lampo de las miradas de la deidad de aquel santuario.

Tenía el aposento algo de inmaterial; un incienso que el alma aspiraba con delicia, se desprendía de ese tabernáculo en donde anidaba la creación más poética de la naturaleza: la mujer virgen. Era un nido, sí, el nido que un rayo de sol de aurora, se construye en las nubes blancas; para el alma de un poeta, aquel lugar decía: ama, pero ama de rodillas, porque no es voluptuoso el lecho de la doncella pura, es místico. En ese retrete como en un vaso inmaculado, vivía y soñaba Carmen, esa azucena.

¡ Qué pensaría al mirarse todos los días sola y bella como la inspiración de un Fidias cristiano, en aquellos momentos en que el ángel de guarda de las niñas se cubre los ojos con las manos y en que el pudor trémulo las cubre con su velo casto y rosado! ¡ Qué pensaría anoche después del baile!

Cuando la camarista me fué á anunciar á la sala que

Carmen me esperaba en su cuarto, me turbé y pisé temblando el umbral. Á mi mente acudieron en tropel ideas llenas de castidad y amor; ramos de nardos y violetas con que mi alma enfloraba las puertas de aquel sagrario.

Entré; mi aire debió de ser muy compungido y tímido; Carmen sonrió con todas sus perlas. Vestía un traje de fresca y clara muselina, y su tez, pálida por la desvelada, hacía más honda y melancólica su mirada azul.

— ¡ Ah! me dijo, me devuelves el pensamiento que me robaste anoche.

— Sí, pero marchito.

No me respondió; mas fué indefinible su mirada.

— ¿ Qué recuerdo ha dejado en ti el baile de ayer, Manuel mío? añadió lentamente.

— Uno, le contesté, que sobrevivirá escondido bajo el polvo de mis huesos, como el carbón que arde bajo las cenizas del hogar.

— ¿ Sí?

Aquel monosílabo lenta y opacamente pronunciado, llegó á mí como envuelto en una mirada que jamás olvidaré, semejante á la inmensa mirada de la noche al través de sus miriadas de soles. Yo sentí el vértigo de la noche anterior; coloqué la florecilla ajada dentro del ramillete de mi amada y.....

— ¿ Me vas á magnetizar? exclamó entre risueña y seria.

— No, repuse, voy á adorarte.

Y me arrodillé delante de ella y besé con profunda devoción la orla de su vestido de muselina.